

impresiones de la infancia deciden, las más de las veces, de la suerte de la vida entera? Sí (tenedlo bien entendido); las primeras impresiones, sean éstas buenas ó malas, restan grabadas en el corazón de los niños tan profundamente, que en vano intentárais borrarlas. ¡Ah! obremos, pues, juiciosamente en asunto de tanta importancia, del cual depende el bienestar, la prosperidad y el porvenir, no sólo de la Iglesia, sino aún de la humana sociedad y de vuestras familias. No despreciéis, no, las tradiciones de nuestros padres, que de ello adquirieron, antes que nosotros, la convicción y la saludable experiencia; y creed, que en la imitación de aquellos ejemplos consiste la verdadera sabiduría de la vida. Tal enseñanza, por otra parte, no puede ser para vosotros cosa de muy largos y costosos sacrificios. ¿Teneis, por ventura hijos? Pues bien, contemplad á Joaquin y Ana, aprended de su ejemplo el arte de educar á la familia. Ellos, enteramente ocupados en las tiernas, asiduas y piadosas solicitudes hácia su querida hijita María, tuvieron el dulce consuelo de verla crecer como un angelito del cielo: tierna, modesta y piadosa, hasta el punto de llenar de admiración, no sólo la tierra, sino aún el Paraíso! ¡Oh! bienaventurados aquellos que se atienen á esa sabiduría; sabiduría propia de los hijos de Dios!

Nosotros te saludamos ¡oh criatura celestial, preciosísimo reflejo de la mente de Dios, flor agraciada del Paraíso, dulcísima hija de Joaquin y Ana, María! ¡Oh! como Tú, apenas nacida, regocijas con tu sonrisa al universo! ¡Oh! cómo á medida que vas creciendo, muestras toda la abundancia de la gracia, de la cual serás eternamente la mirra escogida, el bálsamo suave, el cinamomo oloroso, la rosa de Jericó (1), la azucena de los valles (2), el decoro del Carmelo y de Saron (3), la estrella de la mañana, la delicia del Cielo, el consuelo de la tierra, la maravilla de los siglos! ¡Ah! contempla el gozo inefable de tus ancianos padres, y las tiernas lágrimas que derraman al contemplar tu rostro divino! ¡Haz, oh María, el que también á Ti dirijan sus miradas de admiración y de complacencia todos aquellos que en la tierra son llamados al sublime ministerio de la paternidad; que todos ellos reconozcan cuán grande es la dicha de tener hijos, según el corazón de Dios; que crezcan con el sonris de la inocencia y la virtud; la cual, empezando á manifestarse desde los primeros años de su infancia, regocija el seno del hogar doméstico, prometiendo abundantes frutos de honestidad y honor para el porve-

(1) ECCLES. XXIV, 18 et 20.

(2) CANT. II, 1.

(3) ISAI. XXXV, 2.

nir! ¡Oh, niña celestial! ¡Ah! que la imagen tuya, la cual representa los primeros años de tu vida al lado de tu madre Ana, regocije toda casa cristiana, y que al rayo de la luz purísima con que brillas cual aurora de nueva creación para la tierra, la tierna generación que hoy crece, se sienta movida de tal amor hácia la virtud, que surja de ella la regeneración de la humana familia, corrompida tan miserablemente en el lodozal de los vicios; pues para esto te crió el Señor, esto es, para que reflejaras de una manera la más admirable la belleza de la gracia y de la inocencia en el universo. En Ti y por Ti, sea santificada, pues, la nueva generación, á fin de que bendiga eternamente tu nombre; nombre que igualmente bendecimos cuantos nos hallamos aquí reunidos, al ver que, destruida de nuevo la maldición por tu Natividad, hemos recuperado la bendición; y, confundida la muerte, hemos vuelto al sendero que conduce á la vida eterna. Guíanos, Tú, pues, á todos por ese camino de vida y de salvación, para que podamos conseguir la felicidad eterna. Así SEA.

DIA SEXTO.

LA FIDELIDAD.

Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere.
Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle.

(EXOD. V, 3.)

Bienaventurado el hombre, mis amados hermanos, que sustentado, desde sus primeros años, con la leche de la religion, juró guardar, y guarda fiel, sus promesas al Señor, despreciando los consejos de los impíos y los caminos de los pecadores, para los cuales no hay promesa sagrada, si se exceptua la del delito y de la iniquidad; con la cual se hacen ministros del Infierno para su propia perdición y la de sus hermanos (1). Ved, pues (dice el Salmista), á ese tal, cre-

(1) PSALM. I, 1.

ciendo de virtud en virtud, á la manera de una tierna planta de buena naturaleza, colocada por hábil agricultor junto á las aguas de manantial perenne; la cual, hermosa en breve por su lozano verdor y ramaje, produce en el debido tiempo sazoados y abundantes frutos, no cesando nunca de florecer (1). Todo lo contrario sucede con los impíos, cuya vida, á duras penas, se prolonga más allá de un día, y los cuales desaparecen de la haz de la tierra como el tamo que arroja de la tierra el viento de la ira del Señor; el cual juró, que no subsistirán largo tiempo en la asamblea de los justos, sinó que destruirá sus caminos, y perecerán (2). ¡Oh verdad tremenda, anunciada tantas veces por los Profetas, confirmada por Jesucristo, y evidenciada por la historia de todos los siglos! ¿por qué no has de ser bien entendida y aceptada por los que se precian de profesar el cristianismo? ¡Cuán injustamente éstos se enojan por los infortunios que amargan su existencia, toda vez que, olvidando por completo los beneficios de que les colmára su Criador y Redentor, viven, absolutamente, como si éste no existiese, pisoleando las promesas de fidelidad y de amor que le juraron al ser regenerados en su gracia por medio del bautismo! ¿Acaso nosotros, á semejanza de los impíos, pudiéramos también creer, que Dios, confinado en lo más recóndito de los cielos, nada tiene que ver en los humanos destinos (3); ó bien, que despues de haber criado y ordenado el universo, renunció á todo cuidado y vigilancia respecto de él? ¡Oh! cuán insensatos somos pensando así, supuesto que El es el Dios celoso por excelencia de su honor y de su gloria (4)! Por eso decía á su pueblo: «Yo soy el Señor Dios tuyo, y no tendrás otros Dioses delante de mí! Acuérdate de santificar el día de Sábado (5). Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle, pues le desagrade la promesa infiel (6)». Hé ahí, pues, unos preceptos venerandos sobre toda ponderacion, que en todos tiempos parecieron, con razon, terribles y espantosos en el corazon de los Santos que entendieron su elevado misterio; y de ahí, aquel escrupuloso celo con que cumplieron, hasta su último ápice, la divina ley, temerosos de ser maldecidos de Dios, á pesar de sus actos virtuosos y de sumo sacrificio. Este saludable ejemplo es, precisamente, el que consideraremos hoy en Joaquin y Ana, miéntras cumplen la promesa

(1) PSALM. I, 4 et. 5.

(2) IBID, 6.

(3) JOB. XXII, 14.

(4) EXOD. XXIV, 14.

(5) EXOD. XX, 2, 3 et 8.

(6) ECCLES. V, 4.

que hicieran al Señor, de consagrarle á su hija María en el Templo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Joaquin y Ana, segun ya os indiqué, al presentar por vez primera á su tierna hija María al Señor en su Templo, hicieron allí el voto de conducírsela de nuevo y consagrarla en perpétuo servicio de aquel lugar santo, tan pronto como llegára al uso de razon. En consecuencia, cuando la vieron ya crecida, dispusiéronse á cumplir el voto, por más doloroso que tal sacrificio pudiera ser para sus corazones. Era, á la sazón, la estacion de las lluvias; y la corriente del Cison, riachuelo que separa á Nazareth del monte Carmelo, ya corría turbia y caudalosa por las aguas aglomeradas y por los temporales del equinoccio; y á causa de la crudeza del viento, los verdes montes de la Galilea ya empezaban á ostentar en sus cimas la blancura de la nieve. A pesar de ello, los dos santos esposos emprendieron su camino, con tanta mayor voluntad, en cuanto aproximábanse las grandes solemnidades de la dedicacion del Templo; por cuyo motivo, Zacarías, príncipe de los sacerdotes, que residía en Hebron, había salido ya á su vez para Jerusalem (1). Dadas las costumbres de nuestra sociedad civil, vosotros os asombrareis, sin duda, mis amados hermanos, de que dos pobres ancianos con su hija, tan tierna y delicada, abandonáran su provincia natal en aquella estacion, movidos solamente del deseo de asistir á las solemnes festividades de su nacion. Empero, preciso es tener en cuenta, que en aquellos tiempos anteponíase á toda otra cosa el deseo de agradar á Dios y de honrarle, cualesquiera que fueran los motivos que para ello tuviera que sufrirse; en términos, que las solemnidades del culto eran consideradas, ni más ni ménos, como el alimento del espíritu, la vida del pueblo de Israel, y el carácter distintivo de su nacionalidad. Hé aquí, pues, una gran mengua para nosotros, toda vez que cuando se nos invita á algun banquete ó á algun espectáculo público, no bastan á contenernos el frio, ni el calor, ni las molestias, ni los gastos, ni sacrificio alguno; ántes bien, el vernos privados de ello fuera para nosotros un insoportable pesar; pero, tratándose de la gloria de Dios, ó del bien del alma, todo nos parece un sacrificio; la hora siempre se considera intempestiva, los negocios pendientes, y las obligaciones á que debemos atender, se miran como impedimentos invencibles, cual si ellos solamente debieran tener importancia á nuestros ojos. ¿A dónde has ido á parar ¡oh amor santo de Dios! que tantos y tan grandes

(1) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. 1

prodigios de fé, de sacrificios y de acciones gloriosas y magnánimas obraste en nuestros mayores? ¡Ah! mis amados hermanos; eso significa en nosotros tibieza, ó falta de fé, sin señal alguna de caridad, siendo por demás extraño, que hallándose nuestra fé en tal estado, sea tan grande en nosotros la presuncion de salvarnos. Esa es una ilusion que se desvanecería á la luz de aquella vela, que en la hora de la muerte hizo temblar á los mismos escogidos. ¡Oh! acaso no se halle ya muy lejana (1); y, sin embargo, nosotros ni siquiera pensamos en ella.

Entretanto, y prosiguiendo nuestro relato, bueno será ahora referir, que los dos bienaventurados consortes, por el temor de que su querida hija no tuviera que sufrir demasiado á causa de lo fragoso del camino que conducía á Jerusalem (cuyo camino no era otro que aquel que se extendía al través de las áridas llanuras los impetuosos torrentes y los profundos barrancos de la Judea y de la Samaria, donde los rigores del invierno dejábanse sentir principalmente), dirigieronse más bien por las embalsamadas vertientes del Carmelo, por las cuales descendiéndose á la fértil llanura de Saron, cuyo clima es tan templado y apacible, que en ella crecen los naranjos, los bananeros y las palmeras con toda lozanía (2). La pequeña María, bien que de edad tan tierna y tan delicada, caminaba enteramente gozosa y risueña; no sintiendo entónces otro pesar en su corazon, que el ver á sus virtuosos padres sobrellevando tantas penalidades. Y este es un ejemplo para vosotros ¡oh hijos! De vosotros los padres no esperan otra recompensa, por tantos cuidados como os están prodigando, y de los trabajos sin fin que sufren por vosotros, que la correspondencia de un verdadero y sincero amor; de ahí, que ellos, al veros indiferentes ó ingratos, experimenten un horrible martirio. ¡Ah! no olvideis, pues, que Dios amenaza con tremendos castigos á los hijos desagradecidos, mayormente si ultrajan á la madre que los llevó nueve meses en su seno, los alimentó con su propia leche, y los formó con su amor y con tales desvelos, que lengua alguna es apénas capaz de expresar. Por eso está escrito: honra á tu padre y madre, para que vivas largos años sobre la tierra (3).

Mas, ya Joaquin y Ana, venidos por la parte del monte Carmelo, llegan á Jerusalem, en donde penetran por la puerta de Efraim; y despues de haber cruzado algunas calles lóbregas y tortuosas compuestas de casas feas y cuadradas sin ventana alguna, coronadas de una azotea, y alineadas tristemente á guisa de una fortaleza, detié-

(1) LUC. XII, 46.

(2) Volney: *Viaje á Siria*.

(3) EXOD. XX, 12.

nense en un ángulo de la parte oriental de la ciudad, enfrente de un humilde meson, que todavia subsiste, y es indicado á los peregrinos con el nombre de casa de santa Ana (1). Allí, ante todo, hincaron sus rodillas para dar gracias á Dios por su feliz viaje; lo cual debiéramos hacer nosotros, igualmente, en toda circunstancia de la vida, por ejemplo, al principiar ó al terminar nuestro diario estudio; al emprender algun negocio cualquiera, ó despues de haberlo llevado á cabo felizmente; en una palabra, cuando comemos, cuando bebemos, al acostarnos, al levantarnos y en todo momento, como decía san Pablo. ¡Ah cristianos! al ménos no omitamos esa santa costumbre cristiana por la mañana y por la noche. Señor, digamos al amanecer, cuando los Angeles del amor agitan suavemente sus alas sobre nuestras cabezas; cuanto yo haga en este dia, sea todo con vuestro favor y con recta intencion, prefiriendo la muerte ántes que ofenderos. Por la noche, al caer las tinieblas sobre la tierra, cuando los demonios de la tentacion se agrupan en torno de nosotros para perdernos, exclamad: ¡Señor! puesto que me has guardado tan visible y amorosamente en este dia, haz que pase una noche tranquila, y que no sucumba á las infemas sugerencias de Satanás, perdiendo tu gracia y tu amor.

Joaquin y Ana, despues de haber dado gracias á Dios, por el favor que les dispensára en su viaje, apresuraron á confortar con algun alimento á su querida hija María, bastante fatigada por lo largo del camino. Luégo, y despues de haber tomado ellos mismos el necesario reposo, empezaron á disponer lo conveniente para presentarla en el Templo al sumo sacerdote, despues del sacrificio que, segun prescribía el rito, debía ofrecerse primeramente (2). Hé aquí de que manera se efectuó dicha ceremonia. Reunidos los parientes que los dos esposos tenian en la santa ciudad, y preparando el cordero del sacrificio, dirigieronse todos ellos hácia el Templo, llevando en pos un gran número de amigos, vestidos con los hábitos usados en las solemnidades; es decir, con magníficos mantos, en los cuales envolvían sus cuerpos, segun requerían la magestad de la casa de Dios y del acto religioso que iba á realizarse; no ya adornados con trajes á la moda ó teatrales, con la vana ó soberbia ostentacion de los paganos, como suelen practicar en nuestros dias aquellos que, sin embargo, blasonan de cristianos; los cuales cuando van al templo, se visten de tal manera, que nos hacen dudar si desean para sí propios el honor que

(1) CHATEAUBRIAND: *Itinerar. de Paris á Jerusalem*, tom. II.

(2) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. I, cap. IV, pág. 85 en la nota

sólo debe tributarse á Dios. Pues, qué! ¿acaso esos tales pudieran ignorar, que los sagrados templos se hallan enteramente consagrados al honor y á la magestad de Dios, y que Él habita allí en persona, cual se halla sentado sobre su trono en el cielo? Así nos lo enseñan las sagradas Escrituras (1), mis amados hermanos. Y ciertamente que si recordáramos, que un día debemos entrar allí envueltos en una fúnebre mortaja, nos aterraría nuestra audacia, que tan poco se distingue de la impiedad. Y no obstante, nosotros no temblamos!

Así, pues, los dos venerables esposos, seguidos por un festivo cortejo de deudos y amigos, llegaron al Templo, el cual tenía en la parte anterior un pórtico, ó sea un patio exterior, donde no se permitía entrar á extranjero alguno, so pena de muerte. Segun nos refieren algunas antiguas tradiciones, por una secreta disposicion de la Providencia, al paso de la doncella María, encontráronse reunidos muchos oficiales del rey, fariseos, doctores y otros ilustres personajes de aquella nacion (2), los cuales de tal manera, y sin saberlo ellos mismos, prestaron homenaje á la que un día debía ser Reina del universo. Empero, la solemnidad mayor de aquella ceremonia procedió directamente del Cielo; puesto que, segun las mismas tradiciones que los santos Padres recuerdan en sus libros, los Angeles custodios invisibles del Templo, descendiendo en aquel instante para cubrir con sus doradas alas á María, derramaron á sus piés olorosas flores del Paraiso, miéntras celebraban con melodiosos acordes su solemne ingreso en la casa del Señor (3). De esta suerte, la escogida milicia, avanzando su paso, llegó al pavimento de mármol del CHEL, espacio de diez codos, entre el pátio de los gentiles y el de las mujeres, donde se detuvo unos diez minutos, miéntras que los fariseos ostentaban fastuosamente su TEFILIM (tiras de pergamino con algunas sentencias de la Escritura, que solian llevar atadas en la articulacion del brazo izquierdo), echando sobre su altiva frente una de las puntas de su TALED, manto cuadrado de lana blanca muy fina, adornado de granadas de púrpura y de cordones de color jacinto (4). En esos fariseos podemos representarnos, mis amados hermanos, á los hipócritas, los cuales pasan su vida haciendo infinita ostentacion de prácticas de devocion, no ya para servir á los demás de ejemplo para bien obrar, sinó sólo para granjearse los

(1) II. PARALIP., VII. 1

(2) «Primarios quoque hierosolimytas, viros et mulieres interfuisse huicdeductioni, succinentibus universis Angelis» Isid. de Tess.

(3) Sant' Andrea di Creta y Jorge de Nicomedia.

(4) BASNAG., tom. v. lib. VII, cap. 17.

elogios y la admiracion de los hombres (1); ellos no son otra cosa que unos sepuleros blanqueados por fuera, como dijo Jesucristo, y llenos de cieno y de corrupcion por dentro (2). Esos tales no piensan, que si bien es posible engañar á los hombres, es cosa imposible engañar á Aquel que penetra los corazones y los afectos más íntimos; á nuestro altísimo Dios (3); que protesta detestarnos al vernos de tal suerte cubiertos con la mentira, toda vez que su religion exige de nosotros, no vanas y engañosas apariencias, sinó el espíritu y la verdad (4); esto es, una sincera humildad, la generosa caridad, la verdadera fé y la piedad del corazon, que, á semejanza suya, nos haga santos y perfectos, pues Él es la perfeccion y la santidad por esencia (5). Y así Él lo dispone y lo manda, á fin de que en nuestra vida, como en un espejo, resplandezca, no sólo la imágen, sinó aún el esplendor de su gloria; de suerte, que tambien nuestros hermanos se sientan con la fuerza de nuestro ejemplo, movidos á ensalzar con nosotros su santo nombre (6).

Asistían allí tambien, además de los fariseos, los capitanes de Herodes. Empero éstos, con altivez más descarada, y unos ademanes más desdeñosos, tan presto como vieron acercarse la bendita comitiva, hicieron gala de despreciarla, embozándose en sus ricos mantos, sujetos al cuello por un broche de oro, y con extraña negligencia. Fácil era ver figurados en ellos á los insolentes de nuestros dias, los cuales siempre que entran en los sagrados templos, lo hacen con tal distraccion, que bien pudiera creerse que asisten á alguna session académica, ó cosa peor todavía. ¡Extraño y doloroso, por demás, es tener que confesarlo! En público, en medio de la sociedad civil, esos hombres estudian la manera de manifestar que su compostura parezca modestia; mas en la celebración de los divinos misterios en la casa de Dios, muéstranse altaneros, irrespetuosos y burlones; negándose, no sólo á doblar al suelo las rodillas, sinó aún cometiendo á veces tales irreverencias, como si intentaran derribar á Dios de su augusto trono. ¡Miserables! Y ¿cómo habeis de poder, vosotros, cuando ménos, reparar el escándalo que dais á los pequeñuelos del Señor? Grande fuera, en verdad, vuestro engaño, si creyerais que podeis ultrajarle impunemente, porque si ahora ca-

(1) MATTH. XXIII, 5.

(2) IDEM. *ibid.*, 26.

(3) PS. VII, 10.

(4) JOANN. IV, 23.

(5) MATTH. V, 48.

(6) IDEM, *ibid.*, 16.

lla ,ya hablará con un tono espantoso en el dia de su furor. Y en aquel dia, tenedlo bien entendido, sí, en aquel dia, todos los impíos estarán llenos de confusion y de espanto, heridos por la maldicion eterna á la faz del universo entero. ¡Oh! sí, mis amados hermanos; tengamos muy presente aquel gran dia, y temblemos. Pensemos en la justicia que debe hacer un minucioso exámen de todas las humanas maldades; y detestando el orgullo de los pecadores, imitemos á María, cuando cruzando humilde y modesta la puerta de bronce, que cerraba á los profanos el sagrado recinto del Templo, va á depositar su corazon immaculado en las manos de su Dios para ser suya eternamente.

¡Harto nosotros tambien, oh Dios mio, te ultrajamos una y mil veces con inaudita insolencia, olvidando el amor con el cual, Tú, benignísimo, nos engendraste para la vida de tu gracia celestial! ¡Oh indiferencia inconcebible! ¡Oh ingratitud sin ejemplo! Pues que Tú ¡Dios mio! no tienes necesidad alguna de nosotros, siendo bienaventurado por Ti mismo desde toda la eternidad, cuando nosotros necesitamos de Ti, aún para vivir y para respirar, por lo mismo que somos obra de tus manos! Y, sin embargo, no sólo osamos pisotear tu santa ley, sinó que aún llevamos nuestra osadía hasta el extremo de injuriarte, preguntando: ¿quién es ese Dios á quien debemos servir? No le conocemos (1).... ¡Ay! ¿es ese, pues, el amor que te juramos en el bautismo? ¿Son esas las promesas que te hicimos de renunciar al mundo, al demonio y á la carne para servirte á Ti solo durante nuestra vida? Para que recordemos nuestro deber, ya no basta que Tú, de vez en cuando, descargues tu mano sobre nosotros, pues somos cobardes en el momento en que la vara de tu brazo nos hiere; pero no bien la levantas, volvemos inmediatamente á nuestro antiguo orgullo (2). ¡Ah! ¿qué será, pues, de nosotros, oh Señor, en el dia de tus venganzas? ¡Dígnate, Señor, concedernos la gracia, por los méritos y la intercesion de María, de que sepamos entrar en cuentas con nosotros mismos, para vernos libres de aquel tremendo juicio. Concédenos ahora la gracia de poder reparar hasta la más mínima de las ofensas que hicimos á tu bondad; sí, ahora, que aún es tiempo de misericordia, que aún es dia de salvacion (3). Esa gracia te la pedimos por la sangre de tu Hijo; por los méritos de todos los Santos, y, en especial, por los de tu querida hija María. ¡Oh María, tierna María! pide por nosotros misericordia;

(1) JEREM. II. 6 et 20.

(4) ORAT. URBAN. VIII, In fin. Brev.

(3) II, CORINT. 6.

ruega por nuestra salvacion; puesto que, arrepentidos y avergonzados de nuestras culpas, juramos amar, desde hoy en adelante, al Dios nuestro y tuyo, sobre todas las cosas; cifrar toda nuestra dicha en la observancia de su santa ley; y de morir una y mil veces ántes que ofender á su paternal corazon. ¡Oh amor dulcísimo de Jesús! á Ti nos acogemos, y por Ti esperamos ser salvos! ASI SEA.

DIA SÉPTIMO.

LA PRESENTACION.

Audi, filia... obliviscere domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.

Escucha, oh hija, olvida la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu beldad.

(SAL. XLIV, 11.)

No hay en el mundo, en mi concepto, hombre alguno, que no crea en la Religion, á ménos que por una aberracion monstruosa, hubiese alguien llegado á tal grado de perversidad, que hubiera llegado á borrar de su entendimiento hasta la luz del rostro de Dios, que nos imprimió al criarnos (1); luz que nos sirve para conocerle y amarle, en lo cual consiste, en sustancia, su religion. Por eso escribí un filósofo, aunque pagano, que era más fácil encontrar en el mundo una ciudad sin muros, ni cimientos, ni defensor alguno, que encontrar una ciudad sin leyes, ni templos, ni altar alguno consagrado al culto de Dios (2). Empero, no sucede lo mismo cuando se trata de las maneras y de los actos con los cuales debe ser adorada la divinidad. En esta parte es fácil encontrar muchos, que no reparan ni se avergüenzan de decir, que la Religion es un yugo insoportable; y no porque en realidad ella sea tal en sí misma, sinó porque los hombres,

(1) «*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*» PSALM. VI. 2.

(2) Plutarco.